

4:03

Era una noche cualquiera de invierno, hacia las doce de la noche. Mi mujer, Charlotte, estaba a mi lado en la cama, ya dormida. Mi hija Stephanie estaba en su cuarto jugando con sus muñecas. Yo, como era de costumbre, también estaba acostado, con poco sueño. Era rutina para mí leer un poco antes de dormir y más si había comprado el mismo día un nuevo título de terror e intriga para la colección. Ese día vi en la librería donde yo siempre suelo comprar libros, uno que me llamó la atención, “*El Fugitivo*” de Stephen King. Al ser de terror, me dispuse esa misma noche a empezar a leerlo, tenía una temática muy atractiva.

Me quedé dormido al poco de empezar a leer, iba por la página cinco, pero justo antes de dormirme, me levanté para asegurarme de que mi hija ya estaba dormida y de que la puerta de la casa estaba bien cerrada. Entré al cuarto de mi hija y la encontré durmiendo abrazada su peluche, así que me dirigí hacia la puerta principal. Al comprobar que estaba bien cerrada, pude volver ya estando tranquilo con mi mujer a la cama. Puse la alarma del despertador y ya me pude dormir.

A mitad de la noche sentí la garganta bastante seca, por lo que me desperté para ir a la cocina a por un vaso de agua. Al despertarme, me di cuenta de que mi mujer no estaba en la cama. Acto seguido miré el despertador, marcaba las 4:03 de la madrugada, me pareció muy extraño ya que ella siempre solía levantarse en torno a las 7. Me levanté de la cama en su búsqueda, pero, justo al levantarme, escuché un grito desgarrador de mi hija que provenía del salón.

- ¡PAPÁAAAAA! -gritó mi hija chillando agudamente desde el salón, en lo que era claramente una llamada de auxilio.
- ¡Ya voy cariño, aguanta! -grité yo también desesperadamente, sin saber realmente el porqué del grito de mi hija.

Al llegar abajo, me encontré a mi hija tirada en el suelo, con una puñalada de cuchillo en el pecho, justo en la zona del corazón. Mi mujer estaba al lado, con un trozo de cinta aislante negro cubriéndole la boca, y con la garganta rajada. A las dos las envolvía un mismo charco de sangre gigantesco, que empapaba una gran parte del suelo del salón. Al lado de esta espeluznante escena, estaba mirándome cuchillo ensangrentado en mano un hombre enmascarado. Yo, arrebatado por el dolor tan espeluznante que sentí al ver aquel espantoso acontecimiento, fui decidido y sin miedo alguno a por él. Al abalanzarme sobre él, conseguí cogerle el brazo con el que sostenía el cuchillo, pero irremediablemente consiguió asestar unos cuantos cuchillazos en el brazo con él, sin embargo, me quedé estupefacto al ver que no me causaba ningún daño y no conseguía perforar mi ropa ni mi piel. Rápidamente el agresor me puso el arma en el cuello, presentí ahí mi final, pero ya sin intentar defenderme, solo quería mantener una última conversación con él.

- ¿Quién eres? -le pregunté con decisión, esperando que me diera una respuesta.
- Me llamo “Conciencia” -respondió él.

Al escuchar su respuesta, mi respiración se paró por un momento y abrí los ojos. Todo había sido un sueño, estaba en una celda de calabozo. Nada más despertar entró un policía a mi celda.

- Vístete, tienes que estar listo en dos horas. -afirmó el policía con rostro serio.

Entonces me dispuse a vestirme para presentarme como acusado al juicio por la muerte de mi mujer y de mi hija, utilizando un cuchillo de la cocina de casa, a las 4:03 de la madrugada.

Óscar Cantarero Madrid. 2º Bachillerato B.